

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XVI

DÍAZ MANTIENE VIVA LA REPÚBLICA EN EL SUR

El presidente Juárez y su gobierno viajaban constante e involuntariamente al norte, de San Luis Potosí a Saltillo, a Monterrey, cruzando el desierto hacia Chihuahua, y de allí al pueblo fronterizo de Paso del Norte, a 1 100 millas de la capital.

A medida que recorría los caminos llenos de baches en su polvoso carruaje negro, apretado en su asiento entre valijas y paquetes de los documentos de Estado, el sufrido pero indomable patriota indígena siguió reivindicando la dignidad de su cargo y la justa autoridad de la república constitucional, mientras su fiel escolta y cochero, Juan Udueta, algunas veces lloraba al ver que las líneas de expresión se acentuaban en el rostro cobrizo de su estoico patrón.

Desde el día mismo en que el general Díaz recibió en Querétaro el mando del cuerpo principal del ejército mexicano, después de escapar de los franceses en Puebla, inició, con el general Berriozábal, una reorganización formal de las fuerzas, para reagrupar en un solo batallón cada dos o tres de los batallones disminuidos, reparar el armamento y los materiales para la artillería y el transporte, reunir mulas, establecer escuelas para oficiales, adiestrar a las tropas y promover todo lo

necesario para devolverle al ejército la forma militar que había venido perdiendo.

Por último se decidió que el general Comonfort, quien había sido secretario de Guerra, relevara a Díaz en esa región, de modo que pudiera meterse de lleno en otros lugares y abrir la campaña para repeler a los invasores de México. Poco después de esto, Comonfort fue atrapado por los bandidos seguidores de Márquez, quienes lo asesinaron deliberadamente.

Al final ordenaron que el general Díaz, con la primera división del ejército, emprendiera la horrible marcha hacia el sur a Oaxaca, pasando por los estados de Querétaro, México y Guerrero —un país repleto de traidores y ladrones armados— para establecer su cuartel general en la ciudad de Oaxaca, y desde allí organizar un nuevo cuerpo del ejército para la región oriente. En efecto, al indómito y joven soldado, que tan sólo diez años antes era un humilde estudiante de derecho que recibía cátedra de Benito Juárez, con ingresos por el equivalente a doce dólares y medio al mes, le dieron el mando sobre los estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, autoridad que más tarde se extendería a los estados de Puebla y Tlaxcala.

Fue una tarea formidable. La división de 2800 hombres, con la cual Díaz tenía que cruzar un vasto territorio, al que ya habían entrado las fuerzas enemigas, era prácticamente la esperanza de la república oprimida. Entre soldados franceses y traidores mexicanos, sumaban 30 000 elementos distribuidos entre Toluca, la ciudad de México y Puebla. Bazaine enviaba columnas en todas direcciones, al interior del país y hacia el estado de Guerrero. Si el núcleo del ejército republicano fuese destruido, se habrían perdido todas las posibilidades de salvar de Napoleón a los estados del sur y el oriente.

Con esa imponente responsabilidad sobre los hombros, el general Díaz realizó una marcha estratégica elíptica desde Querétaro hasta Oaxaca, manteniéndose en contacto constante con los movimientos de los franceses y evitando hábilmente los conflictos con ellos, pero combatiendo varias veces a grupos de traidores mexicanos, como los de Taxco e Iguala. Durante esta marcha, el 14 de octubre de 1863, recibió su grado como general de división, el máximo en el ejército mexicano.

La aparición en Querétaro de las tres brigadas republicanas, cansadas y curtidas por la intemperie, y la actitud severa de su joven general, produjeron graves consecuencias políticas.

Llegué a Oaxaca en los últimos días del mes de noviembre de 1863 —dice el presidente Díaz— y mi llegada desagradó al gobernador Cajiga y a su secretario Esperón, porque habían celebrado una especie de tregua con los franceses [que habían avanzado desde Puebla hasta Tehuacán]. Comprendieron que ésta tendría que cesar conmigo, pues yo iba con el propósito de organizar y de hacer la campaña. Informado el gobernador del objeto de mi marcha, y de las facultades que me había delegado el gobierno federal, me puso una comunicación declarando que no se pondría a mis órdenes, por ser inconstitucionales las facultades que me había delegado el gobierno federal, y me preguntó si estaba dispuesto a hacer uso de las armas para llevar a efecto las órdenes que había recibido del presidente Juárez. Contesté que en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que defender a la Nación del invasor extranjero y de los traidores; y que consideraba en el segundo caso a todo el que se resistiera a cumplir las órdenes del gobierno federal. En esta virtud el gobernador Cajiga renunció su encargo ante la legislatura, la cual se disolvió en seguida, quedando acéfalo el estado. Con este motivo asumí el gobierno de Oaxaca el 1 de diciembre de 1863, y nombré mi secretario al don Justo Benítez [antiguo compañero de escuela de Díaz y a quien veía casi como hermano], pero notando que los deberes de gobernador me ocupaban mucho tiempo, que debía yo consagrar a la organización del ejército, nombré gobernador el 12 de febrero de 1864, al general José María Ballesteros. Benítez quedó como secretario del cuartel general.

Díaz organizó una nueva brigada de infantería compuesta por los batallones Morelos, Juárez y Guerrero y encomendó el mando al general Cristóbal Salinas. La segunda brigada quedó al mando del coronel Francisco Carreón y nombró comandante general de artillería al capitán

Guillermo Palomino. A la brigada de caballería le agregó el regimiento de los lanceros de Oaxaca bajo las órdenes de su hermano, el teniente coronel Félix Díaz, y un escuadrón de la guardia nacional de Tehuacán. También organizó un buen cuerpo médico.

Cuando Díaz atacó los puestos avanzados de las fuerzas francesas, el comandante francés en Tehuacán, sin tener conocimiento del cambio ocurrido en el gobierno de Oaxaca, le envió una nota quejándose de las violaciones al compromiso de que no habría hostilidades hasta que la nación decidiera si aceptaba o no la intervención extranjera.

Después de algunos meses de preparativos amenazadores de los franceses, hubo tan malos augurios con la acumulación de tropas extranjeras que Díaz replegó sus fuerzas por Oaxaca. Luego una columna del enemigo, encabezada por el general Courtois d'Hurbal, y otra columna que marchaba desde otra dirección, al mando del general Brincourt, avanzó contra Oaxaca.

Antes de esto, Díaz se había visto obligado a enviar 800 de sus soldados al mando del general Salinas para proteger el estado de Chiapas, que había sido invadido desde Guatemala por una fuerza de traidores mexicanos a las órdenes de Juan Ortega y el combativo fraile franciscano Víctor María Chanona. De esta manera Díaz sacó a los imperialistas de Chiapas. Sus tropas derrotaron al enemigo en Ixtapa el 4 de enero de 1864, los sitió en San Cristóbal siete días después y tomó la plaza el 22 del mismo mes de enero.

Los generales franceses reunieron a sus veteranos para arrollarlo, pero Díaz había logrado mantener Oaxaca para la república y rescatar Chiapas, aun cuando la capital estaba en posesión de los invasores.

Totalmente incomunicado con Juárez y su gobierno, estaba obligado a gobernar conforme a su discreción, en un momento en que sus oficiales tenían que moverse constantemente por el país para que el enemigo no los pudiera capturar. Su influencia era tan grande e inspiraba de tal manera la esperanza y la fe de los republicanos en el sur, y era tan decisivo el efecto de su heroísmo y su energía en los estados que de lo contrario hubieran sido neutrales en la guerra por la independencia de México, que incluso después de que a su ejército lo aplastaron y disper-

saron, y que estaba como indefenso prisionero, el espíritu de resistencia republicana que despertó no podía extinguirse en el sur.

En el norte fue una época de desesperación republicana. El general Tomás Mejía, el bravo e inteligente soldado indígena que sirvió a Maximiliano en contra de su propio país, derrotó dos veces a las fuerzas del general Negrete, quien trató en vano de proteger el cuartel general de Juárez y sus ministros. Juárez había huido de San Luis Potosí a Saltillo, pero al llegar a ese lugar descubrió que el general Vidaurri, el gobernador de Nuevo León y Coahuila, estaba tratando de entregar esos estados a los franceses y rehusaba reconocer al presidente constitucional. Juárez acusó de traidor a Vidaurri, y el gobernador desleal huyó a los Estados Unidos. Acto seguido Juárez estableció su gobierno en Monterrey, de donde lo hicieron huir a través del páramo reseco hacia Chihuahua, y luego a la frontera más remota del país.

Mientras tanto, Bazaine mandaba a todos por delante en otras direcciones. Teniendo un conjunto aproximado de 63 000 hombres, mandó una columna de 8 000 elementos, incluyendo al traidor Márquez, al mando del general Castagny, a que marchara por Toluca y Acámbaro hasta Morelia, Michoacán; y otra columna igual de numerosa, con el general Douay, avanzaría por la vía de Querétaro y Lagos para llegar a Guadalajara. Más tarde Bazaine alcanzó a la columna de Castagny, dejando al general Neigre a cargo de la ciudad de México. Las fuerzas republicanas quedaron esparcidas y desarticuladas.

Fue entonces cuando el general Neigre provocó inocentemente una riña que prácticamente terminó en la excomuniación de las tropas francesas, cuando pidió al arzobispo Labastida que señalara las capillas donde los soldados protestantes de su tropa podrían celebrar sus oficios religiosos.

El general Castagny tuvo que modificar sus operaciones y envió a Márquez a Morelia, quien la ocupó el 3 de noviembre de 1863, después de que el general Berriozábal se había retirado con sus soldados republicanos.

El general Douay llegó a Guadalajara y se preparó a entrar el día 8 de diciembre, y Bazaine con las fuerzas de Castagny arribó a Silao el 12 del mismo mes, en persecución del general republicano Doblado, quien, al

unirse con el general Uraga, contaba con 10 200 hombres en Piedra Gorda. Pero los dos generales republicanos separaron sus fuerzas. Doblado marchó al norte y Bazaine abandonó la persecución. Douay fue contra Uraga, pero ese general hizo un rápido avance contra Márquez en Morelia, donde atacó al enemigo el 18 de diciembre con gran furia. Márquez resultó herido en el rostro durante la batalla, pero resistió desesperadamente y Uraga, quien dejó a 800 republicanos entre muertos y heridos en el campo de batalla, se retiró por Zamora. Hizo una hábil maniobra hacia la costa del Pacífico y el 2 de enero de 1864, se las arregló para llegar a Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán), en el estado de Jalisco.

Entretanto Bazaine avanzó y el 5 de enero de 1864, ocupó Guadalajara, la cual había evacuado la víspera el general Arteaga, quien fue a unirse al general Uraga en Zapotlán el Grande.

Los ejércitos republicanos quedaban hechos añicos o los hacían huir en dirección norte. Había pocas provisiones y escaseaban los medios para pagar a las tropas. Los líderes de las distintas fuerzas expedicionarias del gobierno de Juárez, al no tener un centro de acción y separados por enormes distancias, se vieron forzados a entablar combate por cuenta propia, sobreviviendo precariamente en un país pobre.

A medida que los ejércitos imperialistas avanzaban hacia el norte, y los precedían las noticias difundidas sobre los triunfos de Maximiliano en todas partes, los republicanos comenzaron a flaquear. Aun el general Uraga, quien tenía 8 000 hombres bajo su mando en Jalisco, dio señales de vacilación. El coronel Ramón Corona, convencido de que Uraga no era leal, se apartó de él. Entonces el general Arteaga declaró que Uraga era un traidor y se negó a reconocerlo. Al ser desenmascarado, este último se pasó al enemigo con dos escuadrones. Esa parte del ejército republicano, desmoralizado por la conspiración y la sedición, se redujo a sólo 4 000 soldados en junio de 1864.

El general González Arteaga, con 1 500 hombres, salió de Saltillo y se sumó al presidente Juárez, a quien también se unió el general Patoni con una reducida división. Con Juárez en posición de retroceder a Chihuahua, Arteaga y Patoni avanzaron para amenazar a la capital de Durango, ya ocupada por el general francés L'Heriller. Mientras tanto el

general francés Castagny había llegado a Monterrey y el general Mejía, con sus renegados mexicanos, habían tomado Matamoros en la desembocadura del Río Bravo.

El 21 de septiembre de 1864, las fuerzas de Arteaga y Patoni fueron atacadas y derrotadas en Majoma. Los mexicanos se retiraron en buenas condiciones, pero esa noche, aunque no estaban amenazados, se desbandaron. Llevaban dos días sin probar bocado y como al anochecer no había comida, rompieron filas y se dispersaron.

Cuando Juárez se enteró de este nuevo desastre, él y su gobierno se retiraron y cruzaron el desierto, acompañados por una escolta de unos 200 hombres. El gran zapoteco aún tenía la moral muy alta cuando iba sentado en su carruaje manchado y sucio en ese largo viaje traqueteado de 400 millas a lo largo de un páramo quemado cubierto de cactus, a pesar de que sus hombres caían a diario en el camino. Su llegada a Chihuahua ocurrió el 12 de octubre.

Corona y Rosales, en Sinaloa, luchaban por mantener sus fuerzas republicanas contra una poderosa expedición francesa, que avanzaba contra Mazatlán en la costa del Pacífico con 5000 hombres de Lozada y un escuadrón que viajaba por barco.

El general Arteaga, obstaculizado por Douay y Márquez en el sur de Jalisco, fue vencido en El Chiflón, retrocedió hacia Michoacán, sufrió una derrota aplastante en Jiquilpan y con el resto de sus fuerzas se unió con los generales Régules y Riva Palacio, quienes sostenían una dura lucha en el sur y el este de Morelia.

Fue en esa hora aciaga de la historia de su país cuando el general Díaz, sin tener noticia alguna de lo que sucedía en el resto de México, se convirtió en el fuerte brazo derecho de la república mexicana casi vencida.

Conforme las dos columnas francesas avanzaban sobre Oaxaca, Díaz dejó al general Escobedo para que observara una columna, mientras que él marchó en secreto un día y parte de la noche a San Antonio Nahuatipan, donde sus exploradores informaron que estaba el principal cuerpo de los franceses, de camino a Oaxaca con un destacamento de infantería y artillería.

A las nueve de la mañana del día 19 de agosto de 1864 —dice el presidente Díaz— llegué a San Antonio Nanahuatipan, después de una marcha secreta, sin que el enemigo que ocupaba esa población hubiera tenido noticia. Lo batí bruscamente, haciéndole mucho daño a un batallón que a la sazón se lavaba en el río; pero como los soldados franceses tenían sus armas en pabellón, después de la sorpresa, hicieron una defensa muy vigorosa. Dejaron en el campo la mayor parte de sus vestidos y mochilas y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron. Había yo dado orden al coronel Espinosa y Gorostiza, que se había enfrentado a la misma expedición francesa en Cuicatlán, para que acudiera a San Antonio con su batallón, dos obuses de montaña, una compañía del batallón Juárez y el escuadrón que mandaba el coronel Ladislao Cacho; pero le impidieron el paso, y por esa falta de tropas tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados, pero sin que el enemigo se atreviera a perseguirme.

Después de este combate con los soldados franceses desnudos, Díaz regresó a Oaxaca y también retiró al general Escobedo a la ciudad.

Los franceses, a quienes la experiencia les enseñó a tener cuidado con la estrategia incisiva y los métodos fulminantes de Díaz, no avanzaron otra vez en cierto tiempo, pero siguieron construyendo dos caminos, mientras Díaz los amenazaba y los vigilaba con sus exploradores.

El ejército invasor, reunido para el ataque a Oaxaca, se fortaleció. En las regiones gobernadas por Díaz, al pueblo se le cayó el alma a los pies. Los recursos de aquél menguaron y se deterioraron. Los soldados que no estaban a sus órdenes inmediatas se desmoralizaron.

Una gran desesperación se apoderó de la causa republicana. Los retrocedieran en el norte. Juárez y sus ministros eran trotamundos. El gobierno constitucional se hundía debido a las repetidas derrotas y traiciones. Incluso Uruga y Vidaurri, los generales de confianza de la república, habían desertado.

Con su fuerza menor en Oaxaca, parecía ser más elevado el espíritu del soldado que, en los largos años venideros, conduciría a México por el sendero de la seguridad, la paz, el progreso y el honor.

La república no podría morir mientras Díaz tuviera la espada desenvainada.